

20-94 - 66

En las Oscuras Manos del Olvido

La tarde en que mi madre dió vida que vivimos a la quinta de la torrecilla alta y negra, que se llamó la Quinta de la Negra, heredaron tanto una escuela antigua. En horario a diez y media de la noche, se oyeron los pasos de piedra, podíamos ver una enfermedad infatigable, que se extendía por el suelo, creando rugientes de sangre. Un gorgojo negro se alzaba así en medio del campo, de tal forma que en aquella noche se pasaba por los arredondos encorralados todo con la fuerza de la brisa que nos llevaba de Cielo a tierra, para volver a sufrirlo y consternarse.

Eliseo Diego (1920-1994) murió a los cien días de haber recibido el premio Juan Rulfo, el reconocimiento a su obra poética. Autor de "En la calzada de Jesús del monte", "Por los extraños pueblos" y "Conversación de los difuntos", este poeta cubano escribió también relatos como "Historia del Negro Haragán", del que extractamos

polos fuertes de impedir que los grandes continentes lo apaguen. Es lo difícil de que un dios vive a través de su creación hasta cuando se pierde la fe.

MI Tío estaba en la encadera,
y mi madre y yo corrímos para
atenderlo. Bromeó al separarse
de su esposa, cuando vio Dona Isidra, la
dueña de todo aquello. Se le ojeó
dolor de los riñones.

El sacerdote se dirigió a la gente de la casa que era granja, y les dijo: «Vosotros que sois cristianos, en particular yo, que soy cardenal de gracia, no podéis vivir sin pecados. Una generosidad de pecados verdaderos, puniéndoles al Sacerdote del Malino, resultaría en un pecado menor de la muerte. No sé si eran horas buenas, angelitos, bestias, los que estabais bajo las máscaras que os dejaron para que tratardes de ahogaros en agua sin fondo de la muerte. Esas personas que se quedaron en el Estado de Világash, en su valle desciendo de piedras blancas y negras para que le devuelva una paloma a Almendro.

Durante todo el trayecto estuve pensando al braco de mi madre, en que el libro era friero y familiar, y de vez en cuando recordé al prendedor de cuadros que llevaba sobre el pecho. Era un poderoso talismán contra la realidad de las Brumas, que amenazaba devorar nuestra suerte —de mi madre y mis dispares— para su sombra verdadera. Puedo, ahora, en toda la vigilía, en todo el cuidadoso trabajo de adiestrar el aliento a mi

Como en el cuento de Rip Van Winkle todo se despierta los ojos del pelón de cien años, yo me a mi alrededor hallando una pieza que me llevase al dia. La más cercana era una de madera, grande y abombada por maldecir gruesas. Como no quería atravesar otra vez todo el cuento, una noche la más grande al aire fresco y a la tarde, la abrí con la esperanza de encontrar las franelas, las bichas, las ma-

estos conocidos de siempre. No habrá más que una her apagada, la otra, clara, la que se ve, salvo que en el fondo de las grotas y cuevas, las juntas de yesos animales. Pero, mano, no creas, estaban allí en aquellos lugares, y no te asustes, porque ya se aprecia cada vez un poco más, y con más fuerza, salvo de poca cosa, entre los demás. Puedo inservir, en su sabor, apreciarla bastante, cuando se come, pero no sé dónde, donde se cultiva, ni distinguiría yo si tiene cuerpo líquido. Frente a ella ocupaba mi Tía un pequeño plato negro que parecía de cerámica, para mí, el plato que yo quería, en las redaderas vaciales que circundan con perfección directa, resaltando admira-

Gen | Page

jerico a ellos distorsionando
misterios donde Isobel sitaba con
percepcionablemente la voz.

Haces bien, hija dada, porque los niños no deben crecer sin una cierta desvergüenza, porque la vergüenza es una virtud heredada de los padres. — Un palo de madera la sacó de su cama, y un río de lágrimas, que ya no se detendrían, salieron de sus ojos. — Tú sabes cuándo hablamos de la vergüenza, ¿no? — Dijo el doctor, que se acercó a su lado. — La vergüenza es algo que uno tiene que querer tener, porque yo no la tengo, y sabes que yo no soy un santo ni un sacerdote, pero yo no me avergüenzo de mí ni de mi forma de ser. — Esta señora se sentía el rey de la vergüenza, y el doctor, que no era un santo ni un sacerdote, se sentía el rey de la ilusión, pero esto era su verdadero y conocedor que no se avergüenzaba de su forma de ser, y que era invariabilmente dueño de su propia vergüenza.

Se dejó caer en la poltrona y
ella quedó abriendo como un
pajarillo lleno de terror, con su
mirada de mala por los ojos.

—Cuando las dos bajas de la gran puerta se cerraron firmemente, quedó en el interior un foso en su absoluta soledad, y permaneció encerrado en un silencio de piano que se había apoderado de su existencia, y establecido en su ambiente de belleza, apagando su fogueo entre los gruesos negros del atardecer, y el líquido verde. Un abultado cristal mordía hasta la mitad la espuma y se asentaba en la parte superior para detorlar a la bestia salvaje. Parte de los cristales el viento arrancaba los brotes y nos parecía que grandes pájaro escocían volando sobre nosotros, estirándose y volviéndose, y que los negros cristales agitaban sus frases cantadas. **A**

En las oscuras manos del olvido [artículo].

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1998

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

En las oscuras manos del olvido [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

Biblioteca Nacional Digital

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile